

EN PORTADA

POR SILVIA HERNANDO

La elección del término no fue algo premeditado, sino más bien cosa del “ardor del momento”. Y que al pelovenia, desde luego, la elección de la palabra “ardor”. Corría el año 2000 y Paul J. Crutzen, premio Nobel de Química de 1995, participaba en una conferencia cuando alguien sacó a colación la expresión “Holoceno”, la denominación que recibe el período geológico que comenzó hace algo menos de 10.000 años, a partir del final de la última glaciación. Convencido de que esa voz que remite a una Tierra de temperaturas relativamente cálidas en la que prosperó el *Homo sapiens* ya no servía para designar el mundo que habitaba, Crutzen recurrió a un término que desde entonces no ha dejado de ganar enteros: “Ahora vivimos en el Antropoceno”. Esto es, la era del dominio del ser humano.

En estas dos décadas largas desde la anécdota, aquella intuición se ha consolidado como una realidad palpable, una eventualidad que —literalmente— se puede ver y sentir. Nunca las personas habíamos ejercido tal grado de influencia y dominación sobre el planeta. Nos hemos consolidado como una fuerza de la naturaleza con la capacidad de crear, pero quizá, por encima de todo, con el ánimo de destruir. Y el mundo se va al garete. Solo hace falta mirar ahí fuera, por la ventana de casa o a través de la mirilla de la pantalla.

Así lo reflejan las incontables distopías que consumimos en series y películas, las que leemos en las novelas y las que transmite la televisión 24 horas al día, incluidos, con su pátina de optimismo cursi, los estelarizados anuncios de Navidad. Se agotan los recursos, el clima se desestabiliza, el sistema colapsa, la civilización se descompone. La perspectiva es tan aterradoramente extenuante. Plantando cara a la sensación de impotencia que produce tal aluvión de fatalidades, numerosos autores e investigadores han salido a la caza de soluciones. No solo proponen medidas de acción directa, sino que también animan a la búsqueda de elementos simbólicos capaces de interpelar a la conciencia colectiva. Aquí, un breve muestrario de entradas de un diccionario de términos para la reconstrucción del planeta recogidas de una selección de ensayos recientes.

Aceptación. Tras la negación, la ira, la negociación y la depresión, el duelo —dicen— llega a su estadio definitivo con la aceptación. El orden alfabético, no obstante, obliga a colocar esta voz no la última, sino la primera de la lista. Ya dijo Séneca que “los aumentos son de lento crecimiento, pero el camino hacia la ruina es rápido”, y ahora el profesor Ugo Bardi le apuntilla en *Antes del colapso* (Catarata) que, puesto que todo desenlace resulta inevitable, si hay que colapsar, al menos hagámoslo bien. O, lo que es lo mismo, que aceptemos la realidad y procedamos a organizarnos. Especialista en sistemas complejos, el investigador italiano argumenta que, si bien la actual crisis no tiene por qué significar el fin del mundo, sí podría suponer el fin del mundo tal y como lo conocemos. Entre las escasas buenas noticias que porta Bardi

destaca la idea de que a todo colapso le sigue un rebote. Pero ¿sería esto posible —se pregunta el autor— “en un mundo agotado, en cuanto a recursos minerales, y sometido a grandes daños en los ecosistemas”? La respuesta: “Una civilización de complejidad comparable a la nuestra no puede existir sin acceso a un flujo de energía comparable”. Y algunas posibles alternativas para el consuelo: las renovables, el silicio, los viajes espaciales. Desde el punto de partida de una humanidad menguada (si no desaparecida), *Islas del abandono* (Capitán Swing), de Cal Flynn, abre otro resqueño a la esperanza. A través de las páginas, la autora viaja a paisajes del desastre de todo el mundo —desde Chernóbil hasta Detroit, de unas montañas de desechos en Escocia conocidas como las Cinco Hermanas al putrefacto mar de Salton en California— donde la naturaleza ha sido capaz de renacer de formas en ocasiones inesperadas.

Alimentación. Nuestra hambre voraz está dejando al planeta en los huesos. Del mismo modo que consumimos ropa sin control, nos hemos enganchado a una alimentación barata pero insostenible que no solo resulta pernicioso para el medio ambiente, sino también para la salud. En *Sitopia* (Capitán Swing), la arquitecta Carolyn Steel (autora de *Ciudades hambrientas*, donde subraya la crucial relación de dependencia que existe entre lo que comemos y el lugar que habitamos) argumenta que la comida “puede ser el medio más poderoso del que disponemos para pensar y actuar juntos a fin de crear un mundo mejor”. No en vano, nuestras vidas dependen, y muy directamente, de ella. En su ensayo, la autora británica explora no solo el poder político y social de los alimentos, sino también las opciones que estos ofrecen para reconectar con otras personas y con el entorno. Otros títulos, como *Y ahora ¿qué comemos?* (Península), del extrabajador de la industria alimentaria Christophe Brusset, trazan un mapa detallado de los pasillos del supermercado para hallar el camino más directo hacia la salud y la sostenibilidad en medio de una jungla poblada de comida basura. En *Hace mucho tiempo comíamos animales* (Destino), la antropóloga Roanne Van Voorst se adentra en un futuro tecnológico y exclusivamente vegano, una filosofía de vida que no deja de ganar adeptos dado que no solo persigue la sostenibilidad, sino también la salud y el respeto por otros seres sintientes.

Anticapitalismo. No está claro si fue Fredric Jameson o Slavoj Žižek el primero que pronunció aquella frase redonda que dice que resulta “más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”, pero lo cierto es que cada vez más autores se empeñan en refutarla. La aspiración imposible del crecimiento ilimitado, el consumismo destructivo, la precariedad desbocada y la desigualdad de proporciones colosales... Salta a la vista que el sistema está tensando sus límites más allá de lo razonable y así lo certifica un número creciente de libros que apuestan por la búsqueda de sustitutos para el actual modelo socioeconómico, al que la periodista Naomi Klein ya acusó con todo lujo



Bloques de hielo glaciar de Groenlandia usados en la obra *Retoj de hielo*, de Olafur Eliasson y Minik Rosing, frente a la Tate Modern de Londres en 2018. CHARLIE FORGHAM-BAILY

Palabras para salvar el planeta

Frente a la sensación de derrota ante el colapso, diversos autores proponen soluciones que pasan tanto por la acción directa como por la búsqueda de elementos simbólicos que interpelen a la conciencia colectiva